

Homilía de Mons. Jorge García Cuerva
Miércoles de Ceniza
18 de febrero de 2026. Catedral Metropolitana

En la primera lectura de hoy, tres veces aparece el verbo volver. “Vuelvan a Mí de todo corazón. Vuelvan al Señor su Dios porque Él es bondadoso y misericordioso. Él se volverá atrás, se arrepentirá y dejará detrás de sí una bendición”. Volver. Y creo que este tiempo de Cuaresma, justamente, es un tiempo para volver a los brazos de Dios. Volver a la misericordia de Dios, Padre y Madre. Y poner, como dice el Papa León XIV, “El misterio de Dios en el centro de nuestra vida”.

Por eso la Cuaresma es un camino, pero no es un camino hacia cualquier lado. Es un camino hacia el corazón de Dios y, al mismo tiempo, un camino hacia lo profundo de nuestro propio corazón. Por eso, en la segunda lectura, San Pablo va a insistir fuertemente “Déjense reconciliar con Dios” y afirma, al final: “Este es el tiempo favorable”. Este es el tiempo favorable para volver a Dios. Este es el tiempo favorable para volver a experimentar la misericordia y el amor de Dios en nuestra vida. Este es el tiempo favorable para ir como los niños corriendo a los brazos de nuestro Padre del Cielo.

En el Evangelio, Jesús comienza diciendo: “Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de los hombres para no ser vistos por ellos”. Me recuerda entonces el Evangelio del domingo pasado cuando Jesús le decía a sus discípulos: “Si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos”. Jesús, tanto en este Evangelio como en el Evangelio del domingo nos advierte sobre un cumplimiento meramente exterior de la ley. Sobre querer aparentar ser buenos cristianos y quedarnos solamente en eso, en la apariencia.

En definitiva, con el Evangelio y con esta advertencia de Jesús, nos invita fuertemente a la conversación del corazón. Nos invita a ir a lo profundo de nuestra vida y con coherencia por sobre todas las cosas, con valentía como dice el dicho vulgar ‘Poner toda la carne al asador’. Es decir, dejarnos interpelar fuertemente por la Palabra de Dios y no solamente hablar de conversión o de arrepentimiento de manera exterior haciéndonos los buenos sino ir a lo profundo del corazón, dejarnos tocar por la Misericordia del Señor en este, este tiempo favorable como nos decía San Pablo.

Y para vivir una conversión profunda del corazón Jesús nos invita con tres prácticas concretas que me parece que nos pueden ayudar para no quedarnos solamente en palabras. La primera de ellas, nos invita a dar limosna. Nos invita a dar limosna, como decía la Madre Teresa, significa: “Dar hasta que duela”. Significa un compromiso fuerte con los que menos tienen. Y aquí me permito citar al Papa León XIV que en su última constitución apostólica, que también es la primera, nos dice: “Es bueno dedicar una palabra a la limosna, que hoy no goza de buena fama, incluso a menudo de los creyentes. No sólo no se práctica la limosna sino que además se desprecia.” Por un lado -dice el Papa León XIV- “Confirmó que la ayuda más importante para una persona pobre es promoverla a tener un buen trabajo para que pueda ganarse una vida más acorde a su dignidad, desarrollando sus capacidades y ofreciendo su esfuerzo personal. El hecho es que la falta de trabajo es mucho más que la falta de ingreso para poder vivir, el trabajo también esto pero es mucho más. Trabajando nosotros nos hacemos más personas, nuestra humanidad florece y los jóvenes se convierten en adultos solamente trabajando. Pero si aún no existen esas posibilidades concretas no podemos correr el riesgo de dejar una persona abandonada a su suerte sin lo indispensable para vivir dignamente y por tanto, la limosna sigue siendo un momento necesario de contacto, de encuentro y de identificación con la situación de los demás. Necesitamos practicar la limosna para tocar la carne sufriente de los pobres”.

Que fuerte y qué importante, entonces, valorizar esta práctica que León XIV advierte que ha sido un poco dejada de lado y que ya no goza de buena fama. Dar limosna, mirar a los ojos a los más pobres y saber que más allá de la necesidad de cambios estructurales para una vida digna y con trabajo para todos, no podemos desentendernos del rostro sufriente de Cristo, en aquellas personas que sufren y que nos encontramos todos los días en nuestras calles, en nuestras vidas cotidianas.

La segunda práctica que nos propone hoy Jesús es la oración y quiero unirla con la primera, con dar limosna, a través de una oración de San Juan Crisóstomo, un padre de la Iglesia, que decía: “La limosna es el ala de la oración. Si no le das alas a la oración, no volará”. Repito: “La limosna es el ala de la oración. Si no le das alas a la oración, no volará”. La oración y el dar limosna, van juntos el rezar, el ponernos delante de Dios, el presentarle nuestra vida y también la vida de nuestros hermanos que sufren. La vida de nuestra realidad, de nuestro país, la vida del mundo. Ponernos delante de Dios de corazón a corazón, sin caretas, sin apariencias, incluye sin lugar a dudas el compromiso con los que menos tienen. Por eso es la frase de este Santo padre de la Iglesia: “La limosna es el ala de la oración. Si no le das alas a la oración, no volará”.

Y por último, la tercera práctica que nos propone el Evangelio, es que el Papa León XIV acentúa fuertemente en su mensaje cuaresmal, es el ayuno. Y cuando uno piensa en el ayuno, seguramente piensa en comer menos, y está bien. Pero al mismo tiempo, el Papa nos insiste con ayunar y abstenernos de palabras que lastiman, poder desarmar el lenguaje, ayunar de palabras hirientes, ayunar de calumnias, ayunar de palabras de odio y que se transformen en palabras de esperanza y paz.

El Papa Francisco nos alertaba sobre “El terrorismo de las redes” y ¿Cuántas veces nos tornamos muy hirientes? Y es verdad, no tenemos un revólver en la cintura o un cuchillo en la mano, pero parecería que en lugar de dientes tenemos balas y cuando hablamos disparamos y lastimamos y herimos. Este año se nos convocó el primero de enero de la Jornada Mundial de la Paz a “Construir entre todos una paz desarmada y desarmante”, que entonces nuestras palabras estén desarmadas, es decir, que apuesten por la paz y la fraternidad entre los argentinos, pero también que sean palabras desarmadas. ¿Qué quiere decir esto? Que frente a los conflictos que existen, nosotros no pongamos más combustible al fuego. Que nos tratemos de ayudar a recomponer, a pacificar, a construir entre todos una sociedad de mayor paz, de mayor cordialidad, de mayor amistad social.

Entonces, nos dice San Pablo: “Este es el tiempo favorable” Y la primera lectura nos invitaba a volver, a volver a Dios. Que ojalá esta Cuaresma sea volver al corazón misericordioso del Padre, que nos espera a todos y nos ama infinitamente. Y que nos invita a que la Palabra de Dios toque lo profundo de nuestro corazón. Que nuestra justicia no sea como la de los hipócritas, como la de los escribas y fariseos sino que nos dejemos interpelar por Dios y para eso nos propone tres prácticas que nos pueden ayudar: dar limosna. Dar hasta que duela, no desentendernos de los que sufren. Saber que cada uno de nosotros tiene un compromiso con los más pobres, no podemos dar de lo que nos sobra.

Rezar, orar. Y entonces, que linda la frase de San Juan Crisostomo “La limosna es el ala de la oración. Si no le das ala a la oración, no volará”. Compromiso con los que sufren y rezar alk mismo tiempo.

Y por último, el ayuno que puede estar ligado a ayunar y abstenernos de alimentos pero, por sobre todas las cosas, tiene que ver con ayunar de palabras hirientes. Abstenernos de la crítica constante porque tenemos que ser entre todos forjadores de paz.

Comienza la Cuaresma y comienza otra nueva y hermosa oportunidad para en definitiva ser todos un poco más buenos. Volver con nuestro corazón a Dios que en su infinita misericordia siempre nos espera. Amén.